

# LA MODA.



## REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—*De la elegancia, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Días geniales, por D. Juan Cuesta.*—*A Dios, soneto por D. Ricardo Cardeluz y F.*—*La casa de Rocaforte. Novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

### DE LA ELEGANCIA.

No vamos á tratar aquí de la elegancia en general, ni mucho menos de las infinitas aplicaciones de esta palabra, la cual comprende desde el estilo hasta el cálculo algebraico, representando las mas veces una mera convencion y nada mas. Nuestra tarea de hoy es mas limitada y mas propia de este periódico, puesto que se reduce á tratar de la elegancia en el vestir, investigando de paso si hay algo en efecto á que se pueda llamar en absoluto elegancia. Una breve reseña de lo que sucesivamente se ha ido denominando tal en solo lo que va del presente siglo bastará á que nuestros lectores, y mas aun nuestras bellas y elegantes lectoras, saquen por sí las consecuencias que de nuestro simple relato se habrán de desprender forzosamente.

No hay necesidad de advertir que vamos á ocuparnos en especial del bello sexo, ó por mejor decir, del que fué bello muchos años ha, por mas que hoy parezca mentira.

En aquella nuestra primera época las damas eran paraguas enfundados. Una saya ceñida al cuerpo estrechamente bajaba de mala gana hasta la mitad de la pierna, dejando descubierto todo el resto de ella á pique de mostrar, como era forzoso que muchas veces aconteciera, un par de alambres que las hacian parecer de lejos aves zancudas. El talle, situado á cosa de cuatro dedos del sobaco, solo dejaba espacio para un monillo de color rabioso y de media cuarta de espalda. De allí

para arriba todo era carne cual Dios la crió, y frecuentemente carne con mucho hueso, tal como hoy se vende á cuarenta y ocho cuartos en las tablas del mercado de esta muy heroica ciudad de Cádiz. Un manton prendido en lo alto de la cabeza con una moña del calibre de una hogaza de pan descendia en largos picos hasta besar las puntas de la saya, terminando allí en otros dos moños casi tan respetables como el primero. Media de seda y zapato escotado del mismo color de los cabos, completaban este equipo, cuya exactitud puede comprobarse con solo echar la vista sobre alguna estampa de las que se conservan de aquel tiempo.

„¿Qué cosa tan ridícula y tan estravagantemente fea!“ esclamarán las pollitas de ahora. „¿Qué elegante!“ decian los pollos de entonces.

Antes la moda era mucho mas estacionaria que en la actualidad. Esta, con no grandes modificaciones se sostuvo bastante. Las sayas no dieron mucho de sí ni en largo ni en ancho; pero en cuanto á la materia se substituyó por el alepin de cierto color, constituyendo el llamado á la sazón traje de cachucha, ó por otro nombre de medio paso, porque en efecto no habia otro arbitrio con él que andar menudo, so pena de quedarse en camisa. Para hacer que estos trages se estirasen y ciñesen se les cosia en la orla gran cantidad de rodajas de plomo ó bien munición gruesa de caza. Las mantillas de seda arrojaron de las cabezas á los mantones, y fueron desapareciendo las moñas.

Esto quiere decir que aquel tipo de vestir, aunque en la esencia el mismo, se modificó en sus accidentes lo bastante para que los nuevos pollos siguiesen exclamando: „¿Qué elegancia!“

Corrieron los años, y durante ellos empezaron los trages á ensancharse poco á poco. Primero dejaron hueco para unas enaguas blan-

cas, cosa antes imposible; mas tarde estas enaguas pudieron almidonarse ya; pero aunque habian bajado no poco, todavía podian arrostrar el lodo de las calles sin temor de coger cazcarrias de esas de que hoy se vé tal abundancia en las faldas femeninas. El talle fué tambien descendiendo en igual proporcion.

Pero donde la moda hizo sus principales estragos fué en las cabezas. Fuese á buscar el tipo de la belleza de ellas á Pekin, é inventóse el gran peinado á la chinesca, en el cual el cabello se ataba en la misma coronilla. Tres enormes armazones de alambre servian para sostener otros tantos lazos de cabellos á modo de las tres potencias que se figuran en las imágenes del Señor, y en efecto, este nombre de potencias se les daba. Entre los lazos se colocaban flores artificiales cada una del tamaño de un plato sobero, y todo esto constituia una balumba tal que no ha habido frontal de buey en carreta de feria ó de romería que se le pudiese comparar, ni en el volúmen ni en los colorines, si bien se le parecian en lo empingorotado.

¿Y qué diremos de las mangas de jamon y de farol?

Dos enormes globos de miriñaque asegurados en los hombros servian de armazon á las espresadas mangas, siendo tales sus dimensiones que hacian cómodamente las veces de un saco de noche. Nosotros recordamos haber visto dentro de uno solo de ellos un velo de tul, una toquilla y un par de zapatos.

Esto es histórico.

Casi contemporáneas fueron las peinetas de teja, de las cuales hay todavía quien guarda alguna como curiosidad arqueológica. Las que solo tenian una cuarta de altura de dientes arriba se consideraban de mediana talla y no mas.

Ahora bien, figúrense nuestras lectoras pollitas á sus mamás con semejante equipage, y dígannos lo que les habrian parecido. Aquello era sin embargo la suprema elegancia, y la pollería de aquella época no concebía que pudiera inventar la moda nada mas bello, nada que pudiese realzar mas las gracias del sexo. Si entonces hubieran visto una mujer globo, un traje barriendo la basura de las calles y un peinado á modo de la mullida de un gallego, habrian exclamado: «¡Qué cosa tan fea, tan sucia y tan incómoda!» Y sin embargo, eso es lo que hoy constituye la elegancia.

¿Donde pues está ella? ¿Qué es lo que la caracteriza?

Antes de deducir consecuencias, nos permitiremos una observacion puramente episódica, y es esta.

Todas las modas que comprende el mencionado período pueden reducirse á dos distintos tipos, que en la série sucesiva de ellas han debido confundirse alguna vez hasta cierto punto. El primero es el de la ostentacion de las formas, el segundo el de su ocultacion. Los trages de la primera época nada dejaban que adivinar ni que suponer. El pié, la pierna, el brazo, la espalda, el pecho, todo estaba allí á cuero limpio, ó cuando mas tan ligeramente velado que lo que no se señalaba se traslucía. El compromiso era frecuentemente tan grave que el arte tenia muchas veces que intervenir para auxiliar á la flaca y exígua naturaleza, no bastando siempre á conseguirlo de una manera eficaz. No sabemos si por decencia, por pudor ó por cálculo, que todo puede ser, las mugeres comprendieron que debian cubrirse, y mientras mas mejor. Debajo, verbigracia, de diez enaguas blancas almidonadas, de un miriñaque y de cuatro ó cinco aros de acero, lo mismo pueden esconderse unas piernas de cigüeña como las de una Venus de Médicis, y no habiendo mayor razon para suponer lo uno que lo otro, en suponiendo lo segundo sigue adelante la ilusion, que es el todo en estos casos.

Resulta de lo dicho que hacen muy bien en cubrirse y hasta en encerrarse en sus cien párentesis de tela. Esto, tras de ser mas decente, es mas útil.

Deducion final. En punto á modas estamos porque no hay nada esclusivamente bello ni elegante por sí mismo. Las jóvenes, cuando son lindas, han parecido, parecen y parecerán siempre bien á los hombres. Todo lo que ellas se pongan les ha de sentar maravillosamente, porque la elegancia verdadera está en ellas y en los ojos con que se las mira á cierta edad.

No hay mas que esto.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## DIAS GENIALES.

### CUADRO SEGUNDO.

#### EL BAILE DE LOS INOCENTES.

No es mi ánimo hablar hoy de los bailes Pyrrichos con que la antigua Grecia solemnizaba sus fiestas y daba culto á sus Dioses danzando á las puertas de sus magníficos templos. Tampoco voy á ocuparme de las satur-

nales que celebraba el pueblo romano en los primeros y últimos días de cada año, por mas que involuntariamente se vengan á la memoria con todas sus originales estravagancias. Voy solo á describir un baile público, que si no puede competir en solemnidad con aquellas lúbricas danzas de los buenos tiempos del gentilismo, tampoco les cede un ápice en punto á originalidad.

Parodiemos al manco de Lepanto:

En un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no hubiera querido acordarme nunca, se celebra todos los años el día de los Inocentes un baile singular y digno de ocupar un puesto distinguido en nuestra coleccion.

La escena pasa en el átrio de la iglesia parroquial bajo la direccion y vigilancia del cura y del coadjutor.

Desde las primeras horas de la tarde tomaron posesion de sus puestos el hijo del sacristan y el mancebo del cirujano, ambos célebres punteadores de vihuela, y como tales, individuos natos, únicos é imprescindibles de la orquesta. Sentados en historiados taburetes de blanco pino, daban de vez en cuando algunos acordes en sus bien templados instrumentos, á cuyo eco iba aumentándose poco á poco la concurrencia.

Las jóvenes solteras que habian de tomar parte en la fiesta se habian ido colocando en una hilera que se apoyaba en la pared de la iglesia. Todas estaban de pié y sin adorno alguno á la cabeza.

Los mozos, separados de ellas á una respetuosa distancia, se hallaban esparcidos en grupos por toda la plaza. Solo se esperaba al tio Picante, viejecillo alegre y picaresco, cantor de holgorio, que pasa la vida de boda en boda y cuya presencia era de rigor para dar principio á la zambra.

El mas acreditado cantor de la comarca, reminiscencia de nuestros románticos trovadores, archivo de todos los sucesos, crónica viva de todos los amoríos, depositario de todos los secretos del día, es personaje necesario en todos los lances populares. Con un tanto de ingeniosa travesura, su chabacana musa improvisa una tras otra millares de coplillas análogas siempre á las circunstancias. Bajo la constante y habitual influencia del vino, su inagotable númen le ha sacado siempre airoso de todos los compromisos, y mas de una vez su punzante vena ha dado motivo á serias camorras.

Con su raida gorra de pieles metida hasta las orejas, sus pequeños ojos rodeados de un círculo bermejo, su barba rala y entrecana y todo él sucio y desaliñado, llegó al fin el de-

seado personaje. A su vista los grupos se deshicieron y la multitud se fué reconcentrando al rededor de la orquesta.

Las mozas ajustaron á sus dedos las castañuelas, y los músicos recorrieron por la centésima vez las clavijas de sus instrumentos.

—¡Dios balde á VV., señores! dijo el tio Picante al llegar al corro, dirigiéndose al mancebo y al hijo del sacristan, que celebraron el equívoco con una risotada.

—Vamos, tio Picante!... dichosos ojos! dijo el cura, que á corta distancia paseaba al lado del corro, embozado en su capa y golpeando el suelo con los pies para hacerlos entrar en calor.

A ver como está ese coraje! añadió deteniendo su paseo; ya sabe V. mi comportacion. Cante V. mucho, pero cuidado con lo que se dice, no tengamos ogaño los titulitamus de siempre con sus cantares provocativos.

—Quiá! no tenga su mercé cudiao, que no viene ogaño Picante con ánimo de timultos, contestó el viejo haciendo un gesto burlesco.

—Amos! échela V., le dijo el mancebo, haciendo sonar su guitarrillo con una puntita de asta que habia tenido cogida en los labios.

—Ea! Alla vá una manchega! exclamó el tio Picante con desenfado.

Las mugeres y el vino  
Son cosa buena,  
¡Ay del pobre que pasa  
La vida en pena!

—¡Huy!! gritó un mozo embozado en una manta, que estaba de pié detrás del mancebo.

—¡Huy!!! gritaron despues algunos otros.

Aquellos gritos desesperados con que expresaban su entusiasmo, tenian un no sé qué de agresivo y feroz, que hacian recordar involuntariamente el grito salvaje de los antropófagos.

A la conclusion de esta primera coplilla unos cuantos mozos se desprendieron de la gran masa masculina, dirigiéndose á la hilera de muchachas á buscar pareja.

Cuando llegaron cerca de la que cada uno iba á solicitar; todos, calañés en mano, dirigieron á sus pretendidas la siguiente lacónica frase:

—Favor!

Y poniéndose otra vez los sombreros se volvieron solos al sitio del baile, quedando en sus puestos las mozas comprometidas.

A la nueva coplilla, las que habian sido solicitadas tuvieron buen cuidado de ir solas al corro donde las esperaba el mozo. Esta práctica, á la verdad, me pareció poco decente.

.....

Sentados al sol en un rincón de la plaza, sobre unos poyos que estaban al resguardo de un cerco que helaba la palabra en la boca, podíamos ver de cerca todos los incidentes de la función, que hasta entonces no había ofrecido nada de particular.

Nuestra reunión se componía aquella tarde del boticario del pueblo, á cuya puerta nos hallábamos, la farmacéutica, el alcalde, el cirujano titular con su costilla y un antiguo abogado, persona de arraigo, que ni había vuelto á mirar los códigos desde que concluyó sus estudios, ni había manejado otros negocios que los de su propia casa.

Se me olvidaba meter en la cuenta mi escuálida persona, y eso que para mi gusto era la mas interesante de todas.

Mientras el ya viejo boticario, medio sepultado en sus enormes babuchas de orillo y envuelto en una larga esclavina azul, patriótico recuerdo de cuando fué en Madrid nacional de caballería, sacaba de su casa una por una hasta doce jaulas de perdiz, que iba poniendo en hilera á los tibios rayos del sol, su joven esposa sentada á la puerta, mantenía con el cirujano uno de esos diálogos llenos de simplezas y de chabacanos equívocos que son siempre de moda en los pueblos pequeños.

El alcalde auxiliado de su antiguo lente con cerco de asta, leía para sí el boletín oficial de la provincia; el abogado, armado de piedra y eslabon, encendía una yesca para fumar, y yo saludaba á las dos señoras á quienes veía por primera vez.

—Hola, señor mío! dijo el farmacéutico, que salía con la octava jaula, levantando ligeramente con los dedos la enorme visera de su cachucha de paño: no le conocí á usted; ¡ya se vé, tengo la vista tan perdida, que me veo precisado á llevar siempre estos anteojos casi negros!... este caballero, añadió volviéndose á su esposa, es el facultativo nuevo de que te hablé ayer.

Yo hice entonces una nueva cortesía en señal de asentimiento.

—¿Y cómo se ha determinado V. á venir con el frío que hace?

—En verdad que sí; pero el deseo de conocer el país en que voy á vivir y enterarme de sus costumbres... Por otra parte, la distancia es corta... ya vé V... media legua es un paseo, y no podía tampoco dejar ya pasar mas tiempo sin pagar á V. la visita y ponerme á los pies de su amable señora.

—Qué disparate! dijo la boticaria sonriéndose; con nosotros estaba V. cumplido. Solo que á este, añadió señalando al pobre farmacéutico con ademán un tanto desabrido, no se

le ocurrió que hoy era el baile de los inocentes y que podía V. haber comido con nosotros.

—Señora!... yo hubiera tenido un sentimiento en no poder aceptar su atención, que sin embargo agradezco en extremo.

—¿Y qué le parece á V. esta tierra? interrumpió el alcalde dejando descansar su monstruoso lente sobre las columnas del boletín.

—Hasta ahora poco puedo decir.... Buena; me parece buena... La gente muy amable y servicial....

—Sí; la gente no es mala, añadió el farmacéutico sonriendo; pero á través de sus oscuras gafas me pareció vislumbrar en sus ojos una expresión irónica, que no dejé de tomar en cuenta.

—Cuatro cuartos ha dado Pepillo el Nene; dijo interrumpiendo nuestra conversación un hombre desconocido, porque salga V. á bailar con el Andresito Pocopí.

—Pues yo doy seis, contestó algo picada la boticaria, por no bailar ahora; que no es regular que deje á este señor con la palabra en la boca.

Y levantando con dos dedos la falda de su vestido negro, sacó de una faltriquera que traía debajo sujeta á la cintura tres monedas de cobre y las entregó al interpelante, luciendo al paso los bordados y menudos picos de su zagalejo de grana.

El sacristán, pues tal era el portador de aquel mensaje, recogió los cuartos y volvió á perderse entre la multitud que se agolpaba al rededor del baile.

D. Camilo entró de nuevo en su casa para sacar la novena jaula.

—Señor mío! V. me dispensará que continúe mi operación, dijo al aparecer de nuevo en la puerta. Estos animalitos se morirán de frío si yo no tuviese el cuidado de sacarlos al sol.

(Se continuará.)

JUAN CUESTA.

## A DIOS.

SONETO.

Lumbrera de los siglos esplendente,  
Luz eternal vivificante y pura,  
Astro que paz y bienandanza augura,  
Sublime, magestuoso y refulgente.

Él domina el pasado y lo presente:  
Descubre el velo de la edad futura;  
Lanza á la tierra rayos de ventura;  
Censuela el pecho mísero y doliente.

De un caos profundo, incierto y nebuloso  
Alzó su mano la creacion entera,  
Y al hombre dió destello luminoso

Para que su poder reconociera.  
Él es el Dios que adoracion requiere,  
Principio y fin de cuanto nace y muere.

RICARDO CARDELUZ Y F.

## LA CASA DE ROCAFORTE.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.<sup>a</sup> FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—Herminia, qué tienes? preguntó acercándose á ella.

—Oh! ven, Elena, respondió; ven, y no te alejes de mí; tengo miedo, muchísimo miedo!

—Has estado soñando por ventura?...

—Lo ignoro; pero si he soñado ha sido con los ojos abiertos. Me hablaban de felicidad, y sin embargo he sufrido de una manera horrible.... Oh! ven, y no te separes de mí.

Elena cerró la puerta del cuarto y se acostó junto á ella dejando la luz encendida segun se lo habia suplicado su prima.

Mientras esto sucedia el peregrino se hallaba sentado en otro departamento del palacio. Tenia la cabeza entre las manos y decia como fuera de sí:

—Le ama, le ama con delirio y es digna de ser correspondida. Dios mio! aceptad el sacrificio que os ofrezco y prestadme valor.... Me faltan las fuerzas para beber la última gota.... No me desampareis.

—Tienes razon, dijo entonces un anciano venerable que estaba de pié contemplando su afliccion inmensa. La última gota de ese cáliz es amarga, y sin embargo es necesario que la apures. Animo, hija mia: tú cometiste una falta muy grande, un crimen inaudito. Has llenado de luto y desolacion la existencia de un padre; has hecho un juramento solemne; has desoído los consejos de un ministro del Señor; te has dejado arrebatar en fin de una desesperacion poco cristiana y es necesario espíar tus extravíos. Dios es bueno y misericordioso, y sin duda vá á perdonarte. Animo, repito.

—Sí, sí, yo espíaré mis faltas y cumpliré mis juramentos.

—Así es preciso hacerlo por la salvacion de tu alma.

El lector habrá comprendido que el anciano y el peregrino no eran otros que el cura de Rocaforte y su sobrina la infortunada Casilda.

### VIII.

Ocho dias habian tráscurrido desde que el virey prometió á su hija cuanto estuviera en su mano con objeto de ver si era posible casar á Jimeno con Herminia. El virey se sentia impaciente porque amaba con afecto verdaderamente paternal á su sobrina, y sin embargo no habia encontrado todavía una coyuntura favorable para abordar la cuestion. Al fin se decidió un dia y con pretexto de arreglar las cuentas de los gastos que habia originado la boda de Elena, llamó á Jimeno como persona que poseia toda su confianza y era el único depositario de los secretos mas íntimos de la familia.

—Te he llamado, le dijo, porque quiero hacer el balance del estado económico de casa y separar el dote de Elena á fin de que mi yerno se haga cargo de los títulos y documentos de su pertenencia. De este modo podré saber á punto fijo cuanto nos queda en metálico y en bienes raices, y ver hasta donde alcanzan mis fuerzas para dotar á Herminia segun mi hija lo desea.

—Pocas primas habrá, contestó Jimeno, que sean tan buenas y que se quieran tanto como esas jóvenes.

—Cierto, hijo mio, ambas tienen un corazon tierno y sencillo, y constituyen la dicha de mi vejez. ¡Si vieras como me suplicaba Elena hace unas cuantas noches que cuidase de la suerte futura de su prima.... Te aseguro que llegó á conmoverme su tierna solididad.

—Vuestra hija es un ángel.

—Y qué te parece la otra?

—Creo haberos dicho otro tanto de ella en diferentes ocasiones.

—En efecto; es muy buena y además digna de lástima, puesto que no tiene padres.

—En eso no decís bien, señor; ella tiene en vos un padre cariñoso.

—Hago lo que puedo por hacerla mas llevadera su orfandad. Sin embargo, no quisiera morir antes de verla establecida, y por eso me he propuesto dotarla bien. Si yo encontrase un jóven de buenas prendas, amable y que la quisiese, créete que me tendria por muy dichoso.

Estas palabras del virey dichas con marcada intencion, no pasaron desapercibidas. Jimeno

empezó á comprender á donde iba á parar con aquel exordio, y sin embargo de que hubiera deseado imprimir otro giro á la conversacion, no pudo menos de contestar:

—Herminia es bella, es virtuosa, y á vuestro lado hallará mas tarde ó mas pronto una colocacion brillante.

—Yo no me dejo arrebatar por las esterioridades, ni apetezco para ella otra cosa que un hombre verdaderamente honrado que sepa estimarla y hacerla feliz. Ya la han pretendido algunos que poseian cuantiosas riquezas; pero ella los ha desengañado á todos, y yo no pretendo forzar su voluntad, obligándola á unirse con quien no haya sabido merecer sus simpatías.

—En eso teneis mucha razon; por fortuna Herminia es jóven y puede esperar.

—Es jóven, sí, pero como acabo de decirte, yo soy viejo y quisiera establecerla antes de abandonar este mundo. Tengo además el íntimo convencimiento de que los que no quieren morir célibes deben casarse cuando son jóvenes, porque así luego encuentran en sus hijos un apoyo para su ancianidad, mientras los que casándose á una edad avanzada mueren generalmente dejándolos pequeños y espuestos á sufrir grandes contingencias, de las cuales no pueden librarse por muy ricos que sean, toda vez que sus bienes suelen ir á las manos codiciosas de codiciosos tutores.

—Teneis razon en eso, aunque vos seais una escepcion de la regla, Herminia llegó á vuestro poder huérfana y desvalida, y vos la entregais feliz y bien dotada....

—Sí, quiero que tenga con que vivir y procuraré hacerlo hasta donde mis fuerzas alcanzen.

—Y ella encontrará un hombre que la ame mucho....

—Lo crees así?

—Cómo no creerlo conociendo á Herminia?

Aunque estas palabras de Jimeno fueron pronunciadas sin mezcla alguna de entusiasmo, el virey creyó vislumbrar un rayo de esperanza y se apresuró á decir:

—Si tú tuvieras intencion de casarte....

El jóven guardó silencio.

En ese caso, prosiguió el virey, ya no tendríamos que separarnos nunca; entrarías á formar parte de la familia y todo, como suele decirse, vendría á quedar en casa. Esto por supuesto debe entenderse que ha de ser en el caso de que ella te convenga.

—Mucho honor quereis dispensarme, señor virey; pero debeis considerar que yo no poseo bienes de fortuna.... que Herminia puede tener fijada su eleccion en otro....

—Respecto á esos dos puntos, creo que puedes tranquilizarte. El empleo que actualmente desempeñas y que yo te he proporcionado, es bastante para cubrir tus atenciones; y en cuanto al segundo, es decir, en cuanto á la eleccion de Herminia.... qué diantres! seamos francos: si ella no te ama, lo cual no he debido meterme en averiguar, cuando menos te profesa una tierna simpatía....

El virey adoptó un tono serio y prosiguió:

Te hablo con esta franqueza, porque conozco tu honradez y tus sentimientos llenos de no comun hidalguía. Al hablarte de este modo no quiero comprometerte; antes bien espero que me hables sin reserva, franca y lealmente. Gozas de una libertad completa y puedes meditarlo con calma. Me consta que tú has podido pensar alguna vez en permanecer libre toda tu vida, guardando una consecuencia que puede ser muy noble, pero que yo juzgo exajerada y estéril, toda vez que ya no hay remedio humano para tornar al mundo á la mujer que quisiste. Desde entonces ha pasado bastante tiempo y las penas deben tener un límite, un término mas ó menos inmediato. A no ser así, ¿qué seria del género humano, condenado á padecer? ¿Quién no ha perdido dulces y adorados objetos? ¿Quién no ha gemido y suspirado en este valle de lágrimas?

—Nadie tanto como yo, repuso Jimeno tristemente.

—No hay una sola persona que mire las cosas sin egoismo; ni una sola que deje de tener sus penas por las mas grandes y las mas sentidas. Las tuyas habrán sido profundas; pero ha pasado tiempo, existe la conviccion de que ya no hay medio de volver á comunicar el soplo de vida al objeto de tu amor, y además eres un hombre dotado de talento. Todo esto quiere decir que el mal ha sido grande y que la cura debió ser enérgica, inmediata....

—He tenido valor para vivir.

—Y debes tenerlo para acabar de una vez con esos recuerdos, con esa clase de vida triste y sombría que te has impuesto. Esto no es mas que un consejo de amigo: respecto á lo demás, yo te ruego que consultes el estado de tu alma, que profundices tu conciencia y que tus labios estén acordes con tu corazon cuando llegues á darme una respuesta definitiva. Te ofrezco la mano y el amor de Herminia; si tú no puedes ofrecerle ambas cosas no disimules, no te muestres débil sometiéndote á ofrecer lo que no puedas cumplir. Ahora te doy cuatro dias de término para que te decidas. Te fijo este plazo porque para entonces emprenderá Elena un pequeño viaje de placer y quisiera darla una buena noticia. Si dices

que no, mi hija marchará y nada habrá pasado entre nosotros.

El virey cogió una mano de Jimeno.

¿Tendrás bastante franqueza, preguntó, para obrar en consecuencia de cuanto acabo de decirte?

—Os lo prometo, os lo juro, respondió Jimeno. Seré tan franco como vos con vuestra noble conducta me obligais á serlo. Mediré mis fuerzas...

—Repito que confío en tu lealtad.

En aquel instante penetraron en la estancia la vireina y su sobrina que iban dispuestas á salir de casa. Herminia estaba mas pálida y ojerosa que nunca.

—A donde van? preguntó el virey.

—Son las diez y están tocando á misa mayor en la iglesia de San Fermin. Vendreis con nosotras?

—Y Elena?

—Salió temprano con su marido.

—Entonces vamos á misa, dijo el virey poniéndose el sombrero y ofreciendo el brazo á su esposa.

Jimeno hizo otro tanto con Herminia y los cuatro abandonaron el palacio dirigiéndose juntos al templo.

Al sentir la joven el contacto del hombre á quien amaba se creyó un instante feliz; pero luego se engolfó en un mar de consideraciones y recuerdos sombríos; pensó en la realidad y una profunda tristeza sucedió á la satisfacción que habia experimentado.

Jimeno guardaba silencio; mas sintiendo palpar el casto seno de la angélica joven, viendo velada su angélica belleza por una nube sombría y sus ojos humedecidos por el llanto, sintióse conmovido un instante.

La tierna melancolía de aquella pobre niña; su candor, su inocencia, su virtud, en fin, la hacian interesante redoblando los atractivos de su juventud y de su hermosura.

Jimeno sintió que su fé vacilaba y que su valor sucumbia.

Era necesario tener un corazon de bronce para verla padecer sin interesarse por ella.

Preciso fué que la imágen de Casilda fuese evocada nuevamente.

Jimeno pensó en ella; pero esta vez fué de una manera mas dulce, mas templada, menos dolorosa.

Pensó en Casilda como puede pensarse en el casto amor de la tierna y querida madre que arrulló los sueños de nuestra infancia y cuya ausencia sentimos mas tarde.

Luego se dirigió á Herminia y le dijo:

—Estais triste. Os sentís enferma?...

—Un poco; pero ya veis que no es cosa de

cuidado toda vez que salgo á la calle.

Acababan de llegar á la iglesia y ambos jóvenes guardaron silencio. Ella se arrodilló al lado de sus tios y Jimeno se quedó un poco atrás pensando en su situacion y en sus compromisos.

—Dios mio! qué haré?

Al dirigirse esta pregunta, libre como estaba ya de la impresion que el dolor de Herminia habia ejercido en su alma, quedó abismado en un mundo de sentimientos opuestos y evocó sus ideas acerca de su vida pasada y de su porvenir.

Veia en lontananza una muger que le tendia su mano y una familia que le acogia placenteramente en su seno.

Pero se acordaba tambien de una noche tremenda, horrible, imponente. Sintióse transportado á Sangüesa, le pareció que percibía distintamente el mugir de las aguas, los gritos de consternación y las palabras solemnes de un sacerdote que decia:

—Si hay uno que salve á Casilda ese será su esposo.

Y Jimeno se lanzaba al peligro, cogiendo luego entre sus brazos el cuerpo inerte de aquella muger idolatrada.

Luego cambiaba la escena.

Los rayos de un sol chispeante alumbraban un cuadro encantador.

Casilda y Jimeno se juraban amor eterno sentados en medio de un camino solitario.

Y aquella muger habia cumplido su juramento.

Jimeno creyó distinguir escritas con caracteres de fuego en el pavimento de la iglesia estas terribles palabras:

*«Casilda Navarro se despide del mundo en el río Irati.—Rogad á Dios por ella!»*

Jimeno cayó de rodillas y oró fervorosamente.

Entre tanto la pobre Herminia permanecía tambien en la misma postura con la resignacion de una mártir. Habia perdido su esperanza y hubiera deseado que Dios hubiese puesto término á sus dias.

De pronto una persona que estaba oculta en la capilla mas inmediata llamó poderosamente su atencion.

Era un peregrino que mirándola primero con fijeza, alzó luego sus ojos al cielo y le hizo con la mano una seña que podia traducirse en esta sola frase: *Esperad.*

Herminia suspiró y dijo:

—Sin duda es mi vision de la otra noche. Dios mio! qué he de hacer? Esperemos.

Al decir esto volvió sus ojos nuevamente hacia la capilla.

El peregrino había desaparecido.

## IX.

El término de cuatro días que el virey había prefijado á Jimeno iba ya espirando. Faltaba una noche solamente, y á la mañana inmediata Elena y su esposo debían alejarse de Pamplona, con cuyo motivo se daba en palacio un baile de despedida. Los recién casados querían dejar á sus numerosos amigos un pequeño recuerdo de su felicidad.

Todo era, pues, animación y ruido aquella noche: la morada de los vireyes aparecía por todas partes inundada de luz y de ricos aromas, la flor de la sociedad pamplonesa bullía en las salones, y los ecos de la orquesta, las parejas que se agitaban á compás, el continuo subir y bajar de gentes, los criados que atravesaban por medio de los apiñados grupos conduciendo grandes bandejas de dulces y riquísimos helados, todo hacía, repetimos, que la noche fuese agradable, bulliciosa y alegre.

Cualquiera hubiera dicho que la felicidad había descendido por completo sobre la tierra con objeto de ir á residir en aquella casa.

En ella, sin embargo, se ocultaban grandes dolores. No hablamos de Herminia que en vano se esforzaba por aparecer alegre, y que en medio del ruido sentía oprimirse su corazón y acudir el llanto á sus ojos; nos referimos á otras personas.

En el ángulo mas apartado del edificio una sola luz derramaba sus resplandores inciertos alumbrando una escena de tristeza y de lágrimas; la puerta de aquella habitación reducida estaba cuidadosamente cerrada por dentro, y una mujer hermosa, pero ajada á consecuencia de las muchas penas que había sufrido, parecía sumida en hondas meditaciones, interrumpidas un anciano la contemplaba silencioso, enjugando de vez en cuando el llanto que brotaba de sus ojos.

La frente de aquella mujer, que era muy joven todavía, estaba tostada por los rayos del sol y por las inclemencias del cierzo, su traje era en extremo sencillo: tenía un vestido blanco que aprisionaba con descuido su breve y delicado talle, y un pañuelo de seda bajo el cual se velaban pudorosamente sus hombros torneados y alabastrinos.

La desdichada usaba generalmente otro traje del que á la sazón se había despojado.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don M. C. de A.: *Madrid*.—Por el correo del día 21 se le duplicaron los números extraviados.

Sr. Marqués de B.: *Alicante*.—Queda V. suscrito por 3 meses desde 1º de Junio.

Sr. Don J. S. de la P.: *Santander*.—Se han recibido los 24 rs. en sellos que remitió con la suya del 14.

Sra. D<sup>a</sup> L. T. y M.: *Alcázar de S. Juan*.—La equivocación que se sirve manifestar queda deshecha. En el patron próximo encontrará las iniciales que desea.

Sra. D<sup>a</sup> M. M. E.: *Espinosa de los Monteros*.—Suscrita hasta fin de Diciembre. Queda variada la dirección.

Sra. D<sup>a</sup> M. G. de H.: *Alcalá de los Gazules*.—Suscrita por 3 meses mas.

Sra. D<sup>a</sup> D. F. de L.: *Córdoba*.—No existen los crochets que pide.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Suscrito por 3 meses desde 1º de Julio.

Sra. D<sup>a</sup> A. A.: *Benazque*.—Suscrita hasta fin de Noviembre.

Sr. Don M. Ch.: *Barcelona*.—Suscrito hasta fin de Setiembre.

## Solucion del geroglífico anterior.

*El amor de la mujer  
dicen que se deja ver  
en la ropa del marido.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

